

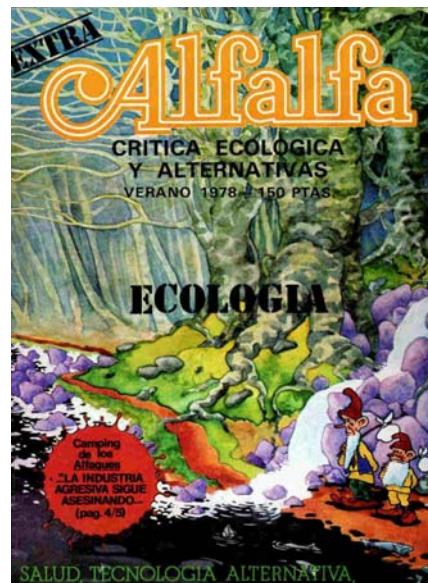
ECOLOGIA POLITICA Y CONFLICTOS DE CLASE

(La izquierda y el 'desastre ecológico')

© [Artemio Baigorri](#)

La primera versión de este trabajo se publicó en la revista ESFUERZO COMUN de Zaragoza a principios de 1977, y unos meses más tarde en la primera revista ecologista española, ALFALFA de Barcelona, bajo el título de 'Ecología política y lucha de clases' (en realidad lo había escrito para un concurso de ensayo de El Viejo Topo, que como era lógico ganó un maduro 'pnn'). Como puede verse, muy influido por el temprano y lúcido libro de Enzensberger. Como corresponde a la moderación que ha caracterizado la evolución del pensamiento radical en España a lo largo de los últimos años, he preferido, en esta reinterpretación, sustituir el término 'lucha' por el más academicista de 'conflictos'. La esencia en cualquier caso es la misma, se le llame como se le llame y sean cuales sean los agentes afectados por el concepto.

Catorce años más tarde, en 1990, me planteé una reescritura del mismo, pero encontré que desde la escritura inicial de este trabajo prácticamente no se habían modificado ni los datos ni mi opinión en lo esencial del mismo; por esas mismas razones me parece de interés reproducirlo aquí, casi 22 años después de su publicación, manteniendo algunas expresiones y referencias que, sin esta advertencia previa, podrían parecer intempestivas por desactuales (téngase en cuenta también que el texto fue escrito con veinte años).



En abril de 1970 se celebró por primera vez en los Estados Unidos el "Día de la Tierra"; los niños de las escuelas limpiaron de escombros las poblaciones; los universitarios organizaron grandes manifestaciones, desconocidas desde 1968; por un día, y en algunos lugares, los ciudadanos reconquistaron la calle a los automóviles...

Pero la verdadera significación de esa fecha es que con ella comienza, justamente en Estados Unidos, el gran debate público sobre la degradación del medio ambiente. La polémica y los estudios que la sustentan salen de las aulas y los laboratorios universitarios y se asientan en las páginas de los periódicos, en las pantallas de televisión. Si hasta entonces se habían planteado estudios sectoriales sobre los recursos ⁽¹⁾, sobre la contaminación o los peligros de la tecnología ⁽²⁾; si desde 1968 Marcuse en América y Le-

febre en Europa venían intuyendo el problema más o menos globalmente ⁽³⁾, es a partir de 1970 cuando se le da 'carta de institucionalidad' al debate, con lo que comienza a adquirir también carácter político. Desde entonces al asesinato cometido por la policía francesa durante una manifestación antinuclear en 1977 ha pasado mucho tiempo. Desde que en 1968 Gauria escribiese en España que "el derecho a la vivienda, el derecho a la naturaleza, el derecho a la vida urbana para todos, acabarán siendo inscritos en los Derechos Humanos" ⁽⁴⁾, hasta la creación de la Federación Ecológica han pasado casi diez largos años.

Entre 1968 y 1970, algunos grupos y personalidades aisladas reivindican el carácter político, e incluso anticapitalista, del debate sobre el medio ambiente ⁽⁵⁾. Pero, aunque la primera formulación política del problema, desde una perspectiva de izquierdas, sería presentada precisamente por un liberal no marxista ⁽⁶⁾, la izquierda marxista no habría de tener una percepción más o menos clara de la cuestión hasta que en 1973 Hans Magnus Enzensberger publica **"Para una crítica de la ecología política"**. A partir de ahí las elaboraciones teóricas se suceden ⁽⁷⁾, pero con una característica: todas ellas se encuentran a la izquierda de las concepciones políticas de los partidos tradicionales de la izquierda de masas (partidos comunistas y socialistas).

Las raíces del desequilibrio

Por encima de cualesquiera otras consideraciones, Enzensberger ha sintetizado una hipótesis central: "Las sociedades industrializadas de la Tierra engendran contradicciones ecológicas que en un plazo no lejano conducirán a su destrucción". A partir de ahí, todo consiste en la aplicación de la dialéctica. Hablar de sociedad industrial hoy es hablar de sistema capitalista; entendiendo el capitalismo no como simple sistema de propiedad, sino exactamente como modo de producción: como sistema de relaciones entre los hombres y las cosas, ya sean individuos privados, o el Estado, quienes detentan la propiedad de los medios de producción. Con el fin de mantener altas las tasas de beneficios, el sistema debe ir recurriendo sistemáticamente a nuevas fuentes de producción y consumo, y en consecuencia a nuevos recursos. Puede decirse que existe una relación proporcional entre el descenso coyuntural de la tasa de beneficios y la utilización de recursos escasos, aunque en realidad todos los recursos han dejado de ser abundantes. Y si cuando hablamos de recursos entendemos entre ellos al agua, el suelo o el aire, entenderemos mejor en qué medida la disminución de los recursos implica la degradación del medio ambiente. La contaminación no es otra cosa que una apropiación de recursos sociales, ya sean el agua, el aire o el suelo los elementos contaminados.

Por otra parte, puede afirmarse hoy sin riesgo de error que el agotamiento gradual de los recursos, y su previsión por los tecnócratas del sistema, han sido la causa primordial de la nueva ola de imperialismo político y económico que a partir de la crisis mundial de 1973 ha sobrevenido. Previendo el agotamiento de los propios recursos, los países imperialistas se han lanzado de nuevo a la caza y captura de las colonias. Ya no son hoy en día los factores determinantes del imperialismo ni la necesidad de importar fuerza de trabajo (esclavismo), ni la necesidad de exportar capitales para evitar el rendimiento decreciente, ni la necesidad de colocar una superproducción en los mercados coloniales, ni mucho menos la lucha política de bloques. Se trata sencilla y llanamente de arrancar los minerales, el agua, la energía, de allí donde se encuentren, reservando los propios recursos de las metrópolis para tiempos peores. Estamos viendo cómo en los últimos años el volumen de producción de minerales y energía viene descendiendo en los países

desarrollados, mientras aumenta de forma impresionante el volumen de importaciones de carácter energético. Ello no es debido tanto a la crisis mundial, ni al agotamiento de los recursos, cuanto que a la necesidad de ahorrarlos mientras existan países de los que se puedan extraer a bajo coste.

Los mecanismos por los que se lleva a cabo la degradación ecológica, a través de los tres frentes de la economía (agricultura, industria y servicios) no creo que sea necesario desarrollarlos, por cuanto en los últimos tiempos están siendo descritos hasta la saciedad: privatización de los espacios naturales, degradación de los mares y destrucción de los litorales, desaparición de especies animales y vegetales, potencial peligro nuclear, desaparición de suelo agrícola, contaminación de los ríos, polución del aire y del suelo, deficientes condiciones de trabajo en las fábricas... son algunos de esos mecanismos. El capitalismo no puede evitar el despilfarro; no puede adotar el conglomerado que viene en denominarse "tecnología blanda", porque este mismo concepto atenta contra la esencia del capitalismo. El desastre ecológico va implícito en el propio capitalismo.

Pero la simple expropiación de unos capitalistas para traspasar los medios de producción, cargados de ideología, al Estado, no hace desaparecer la amenaza. No basta decir "la culpa la tiene el capitalismo", refiriéndose a Occidente. El desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS y en otros países 'socialistas' es muy semejante al de los países occidentales y, como en éstos, a partir de cierto momento las fuerzas productivas se manifiestan como fuerzas destructivas. Si para que el socialismo advenga por sí mismo, por la fuerza de la Historia, es preciso esperar al pleno desarrollo de las fuerzas productivas, como gustan decir los socialdemócratas, ¿habremos por tanto de esperar a que la Tierra sea un estercolero?.

No es pues el capitalismo, como sistema de relaciones de propiedad, la causa del desequilibrio ecológico y de un posible 'desastre', sino más bien el capitalismo como sistema de relaciones de producción, como sistema de valores, de relaciones entre los hombres y entre éstos y las cosas, de relaciones de trabajo... Es decir: la raíz de todos los desequilibrios se halla en la ideología productivista, heredada de sus padres tanto por los burgueses que asumieron la dirección de la Revolución rusa, como por los burgueses que asumen la dirección del llamado 'movimiento obrero internacional'. Para todos éstos (representados hoy en España por Tamames y sus discípulos), el progreso y el bienestar de las masas trabajadoras a las que dirigen se sigue midiendo por los mismos baremos burgueses de la explotación mínima rentable, la producción por hectárea, del consumo de kwatios/hora per cápita, etc. Es lo que se ha dado en llamar la 'ideología del Producto Nacional Bruto'.

Ecología y lucha de clases

La primera preocupación ecológica surge precisamente dentro de la derecha: nostálgicos del feudalismo, y desocupados amantes de los pajaritos, son los primeros en señalar, ya a principios de siglo, los peligros del maquinismo (ello sin que tengamos en cuenta ahora la batalla teórica librada entre los primeros ideólogos de la burguesía y los del Antiguo Régimen desde finales del siglo XVII hasta mediados del XIX). Sin embargo, la degradación del planeta que se opera por la acción del capitalismo no la sufren, sino en muy corta medida, las clases explotadoras, al menos a corto plazo, porque siempre conservan

para sí, privatizándolas, parcelas, cotos de naturaleza virgen. Sí que la sufren, y desde el principio del maquinismo, las clases trabajadoras, primero los obreros, después también los campesinos y las llamadas clases medias. Para el sistema capitalista la salud, la seguridad y el medio ambiente son factores de tercer orden. La tecnología no se desarrolló ni se introdujo en el proceso de producción a partir de la consideración de las necesidades humanas, sino solamente para defender y aumentar las ganancias. Es el beneficio -y sólo él- lo que determina la introducción de las innovaciones técnicas y su utilización en el capitalismo. Cuando una innovación es provechosa -como la clase dominante cree que lo son las centrales nucleares, a condición de que las subvenciones estatales sean suficiente-, entonces se la introduce en el sistema económico. Cuando una innovación no se considera suficientemente provechosa -como la energía solar o los vehículos eléctricos- se la ignora simplemente -no se la integra en la producción. Las necesidades humanas, como tales, no pueden entrar en esta ecuación sin minar y desordenar el sistema capitalista. Es por eso que la burguesía teme a los que afirman que la salud y la preservación del medio ambiente deben ser considerados en primer lugar ⁽⁸⁾. La introducción de nuevas tecnologías en el capitalismo es también, como Commoner -cada vez más cerca del análisis marxista- así lo entiende, un ataque contra el nivel de vida de los trabajadores⁽⁹⁾.

Hemos de convenir pues en que la batalla ecológica es parte de la gran batalla entre las clases sociales. Los trabajadores deben entender que la lucha de clases lleva implícita la lucha por una sociedad 'limpia'. Si se comprueba que determinadas tecnologías son peligrosas y van en detrimento de la sociedad -como es el caso de los reactores de fisión nuclear-, los trabajadores deben unirse a los movimientos ecologistas y reclamar que se abandonen esos proyectos ruinosos. Pensar en una alternativa socialista al capitalismo es una pura frivolidad si no se tienen en cuenta los medios materiales con los que la economía debe contar. No hay alternativa posible, al menos racional, a un montón de basura, y eso es lo que del capitalismo vamos a heredar si no nos apresuramos a evitarlo. Y evitarlo, o lo que es igual, englobar dentro de la lucha de clases la cuestión ecológica -que en realidad es puramente económica- equivale a presentar una alternativa limpia al desarrollo puerco que sufrimos en estos momentos. Presentar esta alternativa, y luchar, en los niveles más inmediatos a nosotros, contra todointento de explotación y degradación desmedida de los recursos no renovables más importantes: aire, agua y suelo.

En un régimen de gobierno obrero, y en una sociedad socialista, la eliminación de una innovación tecnológica que se considere peligrosa en determinado campo no debe poner fin a la búsqueda de técnicas más eficientes y productivas que tengan por finalidad hacer la vida más fácil y el trabajo menos pesado. En una economía socialista democráticamente planificada, el desarrollo tecnológico debe tener en cuenta, en principio, todas las necesidades humanas, incluyendo la salud y la protección del equilibrio ecológico.

En el actual estado de cosas, tan sólo las organizaciones obreras y campesinas pueden llevar a la práctica una alternativa consecuente, mediante la toma del poder político, y a través de la destrucción -no transformación ni reforma- del sistema de producción capitalista. Cualesquiera otros programas burgueses que pretendan luchar por el equilibrio ecológico del planeta, sin tocar el sistema productivo, no pasarán de ser idealistas y utópicos -en el sentido peyorativo de la palabra. La reducción del consumo de gasolina y la

mayor utilización de los transportes colectivos es contradictoria, por ejemplo, con la supervivencia de la Ford y la Exxon.

La "alternativa" ecologista. Los "verdes" y Jacques Chirac

En los países más industrializados, el movimiento ecologista cuenta ya con cierta tradición, hasta el punto de haberse constituido en Francia como grupo de presión y de lucha política por la participación en el Poder. Recordemos por otra parte el caso de Suecia, donde el actual primer ministro conservador (hablamos de 1977) ganó las elecciones gracias a su oposición a las centrales nucleares -aunque luego, como es lógico en una política burguesa, terminase autorizándolas. En nuestro país, y salvo raras excepciones, su aparición es todavía reciente; aunque con planteamientos no estrictamente ecologistas esté muy desarrollado el movimiento en algunas ciudades y zonas rurales. Este desarrollo ecologista ha sido potenciado por la aparición de casos muy concretos de contaminación real o potencial, como las nucleares, ciertas industrias químicas y la mala organización urbanística, o casos también concretos de degradación del territorio como las autopistas -aunque éstas últimas han sido cuestionadas más por causas economicistas que puramente ecológicas. En cualquier caso, el movimiento ecologista en España no ha encontrado todavía una articulación del tipo de la de "Los Verdes" franceses, a pesar de que la base social que protagoniza el movimiento es muy parecida (románticos reaccionarios añorantes del feudalismo y el caciquismo rural, anarquistas, afectados directos por problemas concretos, intelectuales idealistas, despistados y algún marxista heterodoxo y acratón), y a pesar también de aquel demagógico intento que supuso la creación de un autodenominado Partido Ecológico Español. Pudiera darse, sin embargo, que en las próximas elecciones municipales alguien pretendiera presentar el ecologismo como "alternativa de poder". Es ante esta disyuntiva que se hace más necesario y urgente el debate sobre ecología política.

Los ecologistas franceses consiguieron en las elecciones municipales de abril (1977) una media del 8 % de los votos de todo el país, alcanzando el 13 % en varios distritos de París; todo ello independientemente -a veces en contra- de los partidos políticos. Se presentaban como independientes, y consiguieron la alcaldía en algún pequeño municipio. Pero al fin, pactaron en París con Chirac, alcalde electo, accediendo a participar con los gaullistas en las comisiones de barrio, órganos cuyo papel no pasa de ser consultivo. Los "verdes" parisinos van pues, si las cosas no cambian, camino de su 'recuperación'. A pesar de las declaraciones en contra que personalmente nos hiciera Brice Lalonde, candidato ecologista a la alcaldía de París ⁽¹⁰⁾.

El movimiento de "los verdes" puede analizarse desde perspectivas distintas e incluso opuestas, y es fácil llegar a conclusiones contrarias. Pero una serie de hechos son objetivamente innegables:

- a) El movimiento ecologista **no es un movimiento**, hoy por hoy, **de clase**. Muy diversos estamentos participan de él.
- b) Las aspiraciones del movimiento ecologista son, como creo haber mostrado en las páginas anteriores, de carácter **objetivamente revolucionario**.

c) Como consecuencia de su base interclasista, su orientación política ha sido ambigua, como la de cuantos movimientos e intelectuales se declaran 'independientes'.

d) En varias ciudades donde el movimiento ecologista tenía fuerza, la izquierda perdió las elecciones frente a los gaullistas por muy escaso margen.

Un análisis excesivamente simplista de esos hechos podría llevarnos fácilmente a la errónea conclusión, como llevó a algunos en su día, de que, **por culpa de** los ecologistas, la izquierda no venció de forma completa en las elecciones municipales de nuestros vecinos franceses. Pero sí son objetivamente achacables a los ecologistas franceses varios 'pecados' que pudieran repetirse aquí en la próxima primavera de 1978. Como también podemos achacar a la Izquierda el grave pecado de ignorar a los ecologistas.

La izquierda se hace el sueco... o anatematiza

La aplicación a la lucha política de las hipótesis ecologistas plantea graves problemas. La actitud de los partidos de izquierda hacia la cuestión es tan negativa como la actitud de los ecologistas hacia estos partidos. Ciertamente que alguna izquierda considera un lujo pequeño burgués la preocupación por el mañana menos inmediato. Ciertamente que alguna izquierda considera que "el activismo antinuclear es más burgués que revolucionario" ⁽¹¹⁾. Ciertamente que toda la izquierda institucionalizada europea -el marxismo reformista-, desde el PCF al PSOE, pasando por los italianos y los alemanes, ha aceptado y apoyado los planes energéticos gubernamentales -y España va a ser un ejemplo de ello- basados en la promoción salvaje de la energía nuclear. Lo demás para ellos es miedo al progreso y activismo irresponsable y burgués.

Esta izquierda olvida -¡olvida tantas cosas...!- que tanto el pensamiento como la praxis marxistas están orientadas hacia el futuro. Gorz ya señaló la necesidad de mirar siempre más allá de lo posible, cara a crear las necesidades reales que muevan a las masas a la acción ⁽¹²⁾. En todo caso, el equilibrio ecológico es hoy posible, ya. Y es responsabilidad de los partidos marxistas hacérselo ver así a las masas que dirigen. Es a ello que debe dirigirse nuestra crítica en este aspecto de la lucha política de clases; en el sentido de que voluntaria y alegremente han pasado por alto un problema del que, al fin y al cabo, depende que el socialismo sea posible o no: la Ecología. Es decir: si la lucha política no conduce a los trabajadores al control de la producción y de los recursos en un determinado plazo -que desde luego no puede preverse, pero siempre limitado-, el socialismo, como la propia vida en nuestro planeta, no serán ya posibles. La Historia lleva prisa, y no es preciso ser un oscuro pesimista para verlo así. El verdadero pesimismo están, por el contrario, en no creer que puedan organizarse la producción y el consumo de otra forma menos degradante para la vida.

En el fondo, la cuestión está en si se admite o no la posibilidad de las masas de autogobernar su propia vida, no sólo las finanzas de la fábrica. Tal vez los partidos de "esa" izquierda se hallen en la misma situación que los partidos burgueses, impotentes ante tal disyuntiva. En tal caso, las propias masas terminarán por cuestionar su gestión como vanguardias dirigentes, el día en que se den cuenta del engaño. Porque es un engaño no

definirse sobre cuestiones de este tipo, para hacer luego aquéllo que la burguesía podía haber hecho mejor, al menos más eficientemente.

Ecologismo como ideología

Pero la crítica se encamina también hacia los ecologistas, ante el presagio de que, tarde o temprano, si los propios partidos no aceptan su parte de culpa, se repita en nuestro país lo ocurrido con "los verdes".

Evidentemente, la "alternativa ecologista", como ampulosamente la llamamos a veces, es objetivamente revolucionaria y anticapitalista, a pesar de lo que diga o piense el "ingenioso" Carrillo. Pero por sí sola no constituye un instrumento global que pueda terminar con las relaciones capitalistas, y mucho menos si se convierte a la "alternativa" es ideología. Por ello, como ya hemos apuntado, debe intentarse dar la batalla **dentro** de la batalla general de las clases explotadas por su liberación. De lo contrario sí que puede convertirse el ecologismo en una entelequia pequeño-burguesa, escapista y descomprometida. Y el mejor camino para llegar a ese descompromiso es hacer una crítica radical de los partidos marxistas. Criticar la línea de acción de un partido de clase en un momento determinado no quiere decir poner en cuestión su validez como vanguardia de las clases oprimidas -aunque esa es otra-. Y todo ello aún teniendo en cuenta qué es **lo que se puede hacer** en ese momento. Decíamos antes que si confiamos en las masas hemos de confiar también, si somos sinceros y honestos, en su capacidad para decidir por sí mismas si están o no están justamente representadas por un determinado partido. Y tampoco en este caso puede jugarse a dos cartas, mal que nos pese: o creemos o no creemos en el pueblo. No es de recibo creer en la creatividad y capacidad de las masas tan sólo cuando conviene a nuestras elucubraciones.

Por otro lado, esa actitud reaccionaria de determinados partidos marxistas ante la cuestión ecológica no debe ser tomada por los ecologistas, como algunos sectores pretenden, como una insuficiencia total del marxismo para plantearse abiertamente la problemática ecológica. Efectivamente Marx, influído por el pensamiento burgués e ilustrado, confiaba en un ilimitado crecimiento de las fuerzas productivas como vía de agudización de las contradicciones inherentes al capitalismo, y a la vez como forma de superación del mismo; mientras que hoy la realidad nos muestra que el desarrollo ilimitado era una ilusión. Nuestros recursos materiales son finitos ⁽¹³⁾. Pero es que Marx, mal que les pese a esos partidos de que venimos haciendo mención, no escribió una biblia, ni en prosa ni en verso. Dotó al movimiento por la emancipación de las clases trabajadoras de instrumentos de análisis e intervención, cuyo fruto más importante es el materialismo dialéctico, y nada más. Marx murió, y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Pero incluso, para que tanto los ecologistas que consideran dogmáticamente a la izquierda marxista incapaz, como los partidos que creen que, como a Marx no le preocupaban estas cuestiones, el que se ocupa de ellas es un burgués; para todos ellos, y sin ningún asomo de erudición, transcribamos un párrafo del primer volumen de "El Capital":

"En la agricultura moderna como en la industria urbana, el crecimiento de la producción y de la cantidad de trabajo ejecutado se hace al precio de la destrucción de amplios espacios y del deterioro de la fuerza de trabajo por enfermedad. Por otra parte, todos los progresos de la agricultura capitalista son progresos en el arte de robar, no

sólo a los trabajadores sino también al suelo; cualquier progreso referido al incremento de la fertilidad del suelo por un tiempo dado, es un progreso hacia la ruina de los fundamentos mismos de la fertilidad. Cuanto más un país inicia su desarrollo a partir de la industria moderna -como Estados Unidos, por ejemplo-, tanto más rápido es ese proceso de destrucción. La producción capitalista, por consiguiente, desarrolla la tecnología ... sólo que lo hace destruyendo la fuente original de la riqueza: el suelo y el trabajador". Ni que hubiese viajado en el tiempo a calcar un panfleto ecologista...

Socialismo o barbarie

Si creemos en la validez de la hipótesis ecologista -aquella hipótesis central que definió Enzensberger en 1973-, sólo veremos dos caminos, que vienen a ser confluyentes: la izquierda no podrá pretender representar los intereses de las clases trabajadoras si no se define, positivamente, sobre los problemas ecológicos, o si de su definición se desprende que no va a ir más allá de donde irían los políticos burgueses.

Ello por un lado. Por el otro, si el movimiento ecologista pretende ser algo más que un hijo pequeño-burgués de la mala conciencia del capitalismo que, como los movimientos hippie, beatnik o contracultural, acabe siendo 'reconvertido' -en el más puro sentido ecologista del término- por el sistema cuando resulte peligroso, ha de comprometerse de lleno en la lucha política al lado de los trabajadores, practicando la crítica interna; pero no la externa, que entorpecería el movimiento socialista y confundiría, dividiéndolas, a las clases trabajadoras.

Ante la situación actual tan sólo caben dos posibilidades, excluyentes y sin términos medios posibles: socialismo+ecología o barbarie.

NOTAS Y REFERENCIAS

1.) Erich Zimmermann: "Recursos e industrias del mundo" (1933) fue tal vez el más temprano
2.) Barry Commoner: "Ciencia y supervivencia" (1966)
3.) En España es sin duda alguna el sociólogo Mario Gaviria quien introduce muchos de estos conceptos y quien inicia el análisis crítico de nuestro medio ambiente físico y social.
4.) En el prólogo a la traducción española de "El derecho a la ciudad" de Henry Lefebvre (1968).
5.) Renne Davis, miembro de 'los siete de Chicago', declaraba en 1970: "Nuestra conspiración contra la contaminación es oficial. Tenemos un programa muy simple: detener a Agnew y aplastar el capitalismo. Sólo hacemos una excepción en nuestra actitud: cada cual debería incendiar un tugurio, aunque fuese apedreado después (...) Nosotros decimos al país de Agnew que el Día de la Tierra es para los hijos y las hijas de la Revolución Americana, que derribarán este capitalismo y nos darán la libertad".
6.) Barry Commoner: "El círculo que se cierra" (1972) y "The poverty of power" (1976)
7.) El trabajo más tempranamente aparecido en nuestro país ha sido "Ecologismo y ordenación del territorio en España", de Mario Gaviria (1976).

8.) Dick Roberts: "The capitalist technology and "The poverty of power"" en la revista International Socialist Review (julio 1977)

9.) B. Commoner: "The poverty..." (op.cit.)

10.) "Ecología e izquierda: Lalonde en Zaragoza" Entrevista de A. Baigorri y J.L. Fandos para ANDALAN (mayo 1977).

11.) En la "Sobre la energía nuclear", artículo recientemente aparecido en el órgano oficial del PCE. La cita, algo más completa: "La energía nuclear es el método que resulta más seguro, limpio y barato para producir electricidad (...) Los comunistas no deben participar en ninguna actividad antinuclear irresponsable. La energía nuclear es un progreso científico, como en su día lo fueron la electricidad, la aviación, etc. Un partido marxista no puede tener miedo al progreso. Sólo los que saben que no tienen futuro en la Historia lo rechazan, y en este sentido el activismo irracional antinuclear es más burgués que revolucionario".

12.) André Gorz: "Historia y enajenación" (1964)

13.) N. Oleander: "Contra la barbarie", en revista Saida (noviembre-1977)